

A black and white close-up photograph of a woman's face. She has dark, wavy hair and is looking directly at the camera with a serious expression. Her right index finger is pressed against her lips, a universal gesture for silence or secrecy. The lighting is dramatic, highlighting the contours of her face.

John Berger

EL PIE DE CLIVE

INTERZONA

John Berger

EL PIE DE CLIVE

Traducción de Marcos Mayer



INTERZONA

INTERZONA

Berger, John

El pie de Clive / John Berger. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2016.

192 p. ; 21 x 13 cm.

Traducción de: Marcos Mayer.

ISBN 978-987-3874-44-4

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Mayer, Marcos, trad. II. Título.

CDD 823

THE FOOT OF CLIVE: © John Berger, 1962

© interZona editora, 2016

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Título original: *The Foot of Clive*

Traducción: Marcos Mayer

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Armado de interior: Silvia Garrido

Composición de tapa: Victoria Villalba

Foto de tapa: "Silencio hospitalario", de Juan Craichik, 1953

Modelo de la foto: Muriel Mercedes Wabney

Corrección: Solange Victory

ISBN 978-987-3874-44-4

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PARTE 1
LOS PERROS DE CLIVE





En principio hay un aparente contraste entre una sala de hospital y quienes se encuentran allí. La sala es tan manejable como un yate contra el viento. Los pacientes son pesados y difíciles de manejar. La sala está caldeada, impecable y es de color blanco. Los pacientes se ven sucios. Han caído en la suciedad. Los ruidos de la sala son agudos y distintos: los tacos de los zapatos de las enfermeras, bandejas esmaltadas y carritos de material quirúrgico, cucharas encajadas en vasos. Los ruidos de los pacientes son silbidos y gruñidos. Se ríen, tienen arcadas, hablan, se pedorrea, se quejan y bufan. El típico olor de una sala de hospital nace de la unión de dos elementos: uno que pertenece al hospital, otro que es propio de los pacientes. El olor es como una mezcla de limones y leche cuajada. Muy pronto se olvidan esos contrastes y ya no puede percibirse el olor. La sala se convierte en una extraña especie de *living room*. Sin embargo, los contrastes distan de ser superficiales. Se han creado los hospitales para que ejerzan presión, para que curen. La persona que los abandona es pocas veces la misma que entró a ellos.

La sala Clive (que lleva ese nombre por Clive de la India)¹ tiene veinte camas. Es larga, rectangular y muestra la forma de una cama. La cabecera se halla al final, debajo de las enormes ventanas. En el medio del pie se hallan las puertas batientes que dan al pasillo, el ascensor y otras dos salas similares que llevan el nombre de Pitt.²

1 Robert Clive, militar británico, que creó la estructura de dominio de los ingleses en la India.

2 William Pitt, primer ministro británico de comienzos del siglo XIX.

A dos tercios de camino desde la cabecera –alrededor de la rodilla– se ven puertas a ambos lados. Una de ellas da a un lavatorio, la otra a una especie de despensa con elementos médicos. En esta última se reúnen tazas de noche, botellas, toallas, biombo, muestras de orina. El detalle más notable del lavatorio es un espejo que ocupa todo el largo de la pared opuesta a los lavamanos. En este espejo, los pacientes a los que se les permite caminar encuentran motivos inmediatos para la esperanza o para el desaliento.

A cada lado de estas puertas, pequeñas paredes dentro de la misma sala. Están destinadas a evitar corrientes de aire y tal vez también a aplacar los ruidos. A consecuencia de esas pequeñas paredes, el pie de la sala está de algún modo separado del resto, que empieza encima de las rodillas. Desde el punto de vista administrativo Clive es un único cuerpo con cuatro enfermeras y una hermana encargada de la sala. Pero para aquellos que viven en el pie su espacio vital es tan pequeño como un pasillo. En ese pasillo hay siete camas.

Estratégicamente, la mejor de las siete camas en la que estar tendido es la primera de la derecha, la cama próxima al escritorio de la hermana. Sus ventajas superan sus desventajas. La hermana raramente se encuentra allí. Pero cuando está presente y los médicos hablan con ella, se halla uno en la mejor posición para enterarse de lo que dicen los doctores sobre otros pacientes. La mayoría de ellos sostienen la idea de que sus pacientes no están en condiciones de moverse. Incluso durante las largas noches, cuando el mundo parece falto de personal, se puede flirtear con las enfermeras de la noche, siempre suponiendo que son las más dispuestas. Entonces uno recibe la comida primero, mientras aún está caliente. Finalmente, uno puede controlar desde allí lo que pasa. Se puede ver, reflejado en el vidrio de la puerta batiente, todo lo que sucede en el pasillo y en el otro cristal todo lo que sucede en la cabeza y los hombros de Clive.

El hombre que ocupa esa posición estratégica se llama Ken. No hizo nada para estar en ese sitio, simplemente ocurrió. Fue solo una cuestión de suerte, como podría decir él. Se vale de sus pequeñas ventajas del modo más cuidadoso. Si escucha algún secreto, lo divulga con el mayor tacto. Cuando el maquinista herido en una maniobra tuvo neumonía (porque debía mantenerse acostado de espaldas), Ken se aseguró de que se le informara que solo tenía un poco de bronquitis. Si obtiene algo, lo que fuera, de la enfermera nocturna, comparte toda la historia a la mañana siguiente. Cuando no le gusta la comida, la deja a un lado en lugar de ponerse a jugar con ella. Está siempre dispuesto a advertir a la cabeza y los hombros cuando ve a la hermana llegando por el pasillo. Es muy popular. Y también es afortunado: un hecho que lo predispone a tener las mejores expectativas.

En la cama opuesta yace Giuseppe. Cuando vivía en Reggio también era muy popular, pero de una manera diferente a la de Ken. Ken es generoso. Es un ídolo en potencia. Giuseppe puede ser echado, como se hace con un perro, pero vuelve una y otra vez, pidiendo más. Y casi todos los que lo conocen lo nombran afectuosamente como Pepino. Yace con los ojos cerrados.

Cuando trajeron anoche a Pepino, Ken, no dándose cuenta de que no entendía nada de inglés, lo saludó como hace con todos los recién llegados que están conscientes. No es tan malo como parece. Sobrevivirás.

Y como siempre, cada vez que Ken dice esto, Cyril, su vecino, lo mira con gesto de desaprobación. Para Cyril esas palabras eran esencialmente escépticas. Negaban a Dios. Son extraños compañeros de sala. Hay apenas dos metros entre ellos, pero podría haber una docena de puertas cerradas. Ken, con su pijama azul oscuro abierto en el cuello y con las novelas de tapas coloridas y las flores en su mesa de luz, da la impresión de hallarse en un hotel, a punto de pedirse un trago. Hace que la vida parezca fácil. Cyril, con su saco gastado y raído abotonado y con su rostro grisáceo, parece algo así como un convicto en una cárcel. Se siente

castigado. Es difícil no creer que Ken disfruta de sábanas más delicadas y un colchón más suave, tan fuerte es la diferencia entre sus expresiones.

Pepino está pasando por la misma etapa una y otra vez; una etapa que toma dos minutos y medio. Ha estado mirando a los otros cuarenta pasajeros sentados en el bus que lo llevó hasta el avión. El napolitano al que reconoció por su acento, los cuatro curas, el oficial del ejército americano, la rubia a la que le había echado el ojo y todos aquellos que le pasaron desapercibidos y a los que ahora nota y cuenta. ¿Cómo es posible que estén todos muertos? Es una pregunta absurda. Pero lo otro es preguntarse: ¿cómo es posible que yo esté vivo? Y dado que puede elegir, Pepino se queda con la primera.

Uno de sus brazos está fuertemente vendado y es más corto que el otro. Ha perdido la mano derecha, pero todavía no se dio cuenta. Los cinco árboles caídos de su mano y el incendio de su brazo han desaparecido, lo mismo que su conciencia de lo ocurrido. El sacudón, el chirrido, las llamas. Lo que siente en su brazo es lo que ha ocurrido. Como consecuencia de lo sucedido los demás murieron quemados y él vive.

Al abrir sus ojos, ve a Renata apoyada en una jarra de jugo de frutas.

(La fotografía la hace aparecer más grande. Sonríe con la boca abierta como esperando que una cuchara de helado entre en ella. Pero son sus manos las que la diferencian con más claridad de todas las mujeres que visitaron a Pepino mientras se hallaba inconsciente. Son manos que, cuando están quietas, se curvan como las manos de los bebés pues no están acostumbradas a sostener nada. Solo tiene treinta años pero ya están marcadas por el trabajo. Sin embargo, no son rígidas, no con esa rigidez que suelen adquirir las manos de las amas de casa inglesas. Ni tampoco son elegantes, como un paréntesis alrededor del rostro. No son inocentes. Están igualmente preparadas para sostener el miembro de Pepino, una botella de vino, fragmentos de

chismes, emociones de su propio corazón, pimientos, las manos de otra mujer durante un parto y una plancha. Toda esta experiencia, que de algún modo se hace visible en las manos, al mismo tiempo las hace ver como muy femeninas. Las hace aparecer como casi provocativas, como un pecho desnudo o el destello de un muslo.)

De pronto, mientras Pepino recuerda lo que ella es para él, viene a su memoria cómo eran las cosas con ella, ahora, en este mismo momento. ¿Qué momento? ¿Qué día? ¿Qué nombre? ¿Han muerto todos y cada uno?

Se sienta y coloca el brazo como para advertirle a un viejo amigo de un peligro desconocido. Una enfermera trata de calmarlo pero no está en condiciones de responder a sus preguntas.

Así Pepino, quien todavía no es consciente de que ha perdido la mano, solo se preocupa ahora por saber si su hijo ha nacido.

A dos metros de Renata, sale de un auto una inglesa de mediana edad vestida cuidadosamente. Su femineidad resulta de estar protegida. La puede dilapidar, como si se tratara de una fortuna. Y lo hace. Baja del asiento delantero del enorme auto como si fuera un hombre. Pero tiene pechos firmes y se ha divorciado de dos esposos.

Robin vaciló un largo rato antes de colocar la foto en un portarretratos plateado que se halla en lo alto de su mesa de luz a la vista de todos. Estaba orgulloso de cuán joven y atractiva lucía su madre; pero también era consciente de que así como nunca había estado con hombres como los que lo rodean ahora, ellos jamás se toparán con una mujer como ella. Era la ignorancia lo que lo hacía vacilar. La suya y la de los otros.

Ken era el único hombre con el que podía hablar sin que apareciera la ignorancia. Ken le había dicho la tarde previa a su operación que no se daría cuenta de nada. Y así fue. Al menos hasta que se despertó. También le habló de los otros pacientes.

Cyril estaba despierto. Ken señaló con su cabeza, hablándole en secreto. Está un poco chiflado. No debes tomarlo muy en serio.

Realmente, un pobre bastardo, como uno de esos tipos que cargan letreros que dicen “Arrepiéntete, el reino de no sé qué está a mano”, escrito en ellos. También está bastante enfermo. Luego pronunció, sin decirlo, la palabra cáncer.

Robin contempla el cuello de Cyril. La piel grisácea cuelga en pliegues como la de una tortuga. Todo puede ocurrirle a semejante hombre. Puede incluso morir.

Harry es un buen hombre, continuó Ken, pero un poco creído. Ha contraído una úlcera, lo que significa que está preocupado por dentro. Es el típico sindicalista. Pese a que no habla mucho del tema. Ahora que lo pienso, no me interesa la política. La vida es demasiado corta para eso, ¿no es cierto?

Ken ensaya su típica e irónica sonrisa. Es como si estuviera levemente lastimado y al mismo tiempo disfrutara –como si le estuviera susurrando al mundo: eres insufrible, querido. Luego señaló a Dai en el otro lado del pie de Clive.

Es un verdadero personaje. Pero debes tener cuidado con él. No le prestes ni un centavo y no creas una palabra de lo que dice. Pero cuenta algunas buenas historias.

Ken siguió con la descripción de los otros dos pacientes que estaban entonces en la cama de Pepino y en la de al lado, que ahora está vacía.

Robin y Ken también hablaban de ellos. ¿Qué haría Robin cuando dejara el colegio? La palabra escuela convoca las mismas asociaciones para ambos. Sus padres han pagado por su educación. Robin no sabía qué iría a hacer, pero estaba seguro de no querer trabajar en Londres. Le gustaba el campo. Ken viajaba al campo los fines de semana cada vez que podía. Ken trabajaba en una agencia de publicidad. Hay empleos peores. Y mejores –Ken lanzó una carcajada cómplice. Lo mejor de todo era que le permitía viajar. Fue enviado al extranjero a negociar cosas con clientes del otro lado del mar. El año anterior había estado en la India. ¿Ha estado Robin en el exterior? Debería viajar a la India. Las mujeres anglo-indias son las más hermosas del mundo. Ken estira los labios y

lleva la cabeza muy lentamente hacia atrás, como si estuviera exhalando el humo de un cigarrillo o dando comienzo a un beso. Robin sonrió sin querer. ¿Son las mujeres indias como las fotografías de las estatuas que he visto? Pero no se atrevió a preguntar. De pronto, Ken deseó viajar a Turquía. La vida es demasiado corta como para estar siempre en el mismo sitio.

Cuando estos dos caminan juntos, hablan quedamente. La mayoría de los demás internados de Clive gritan para hacer escuchar sus opiniones y sus bromas. Para un observador casual podría incluso parecer que los dos ocupan más espacio que los demás. Sus palabras incluyen a todo el mundo.

¿Estaba casado Ken? Realmente lo estaba. Le alcanzó a Robin una fotografía en un portarretratos de cuero rojo que se hallaba en la mesa de luz. Robin vio a una muchacha exuberante, de grandes ojos y fino cuello. Su cabello caía sobre un lado de su rostro de un modo en el que, si se le tocaba el pelo, también se le estaría tocando la mejilla. Robin sintió la mirada de Ken. ¿Funciona?, preguntó. Está en el mismo rubro que yo, dijo Ken, es modelo.

¿Cómo se lastimó Robin la rodilla? Se lo hizo corriendo una carrera. Nunca fui bueno para los deportes, dijo Ken.

¿Y el accidente de Ken? Bastante afortunado –Ken vuelve a hacer su gesto favorito con los labios. El auto se salió completamente del carril. Todo por culpa de un maldito motociclista que trató de sobrepasarlo sin tener la velocidad para hacerlo. Había conducido al lado suyo por unos quinientos metros, sonriendo estúpidamente debajo del casco. No iban a más de sesenta. Ken mantenía la vista en el motociclista para no atropellarlo. En consecuencia, no pudo ver un camión de cuatro toneladas estacionado junto a la banquina. Se dio de frente contra su parte trasera. Contusiones, seis puntos en el brazo, cuatro costillas quebradas.

¿Qué pasó con el motociclista? Se cayó, giró hacia afuera, pero no golpeó contra nada. Había algunas manchas de sangre en la ruta, créeme.

Así, Ken y Robin hablaron sin que nunca faltaran respuestas.

Dai tiene por costumbre abandonar la cama diez minutos antes de que se sirva la comida. Sin embargo, ponerse de pie le cuesta un enorme esfuerzo. Debe subir una escalerilla desde su cabecera, a unos diez o doce centímetros del piso.

Ni Robin ni las enfermeras más jóvenes han visto antes una piel como la de Dai. Es como si llevara una arpillera sobre el cuerpo, que hubiera sido ensuciada alrededor de los agujeros de la tela. Pero, como muy pronto se dieron cuenta las enfermeras, no era que estuviese sucio. La piel se había endurecido y vuelto indiferente. Lo que molesta es su total falta de sensibilidad. Podría hablarse de cinismo. Es difícil de imaginar que Dai haya estado alguna vez en un hospital por sarna, venas varicosas o por un eczema; esas molestias jamás llamarían su atención. En realidad le ha crecido bajo el brazo algo duro y grande como una manzana.

Se dirige adulator a Robin. El italiano se ve como si siguiera perdido. Harry debe ser respetado. Está leyendo. Cyril no fuma. El hombre podría arrojar a su madre al río. El niño habla cosas que no tienen ni pie ni cabeza.

Le pide a Robin un cigarrillo. Robin, desatendiendo el consejo de Ken, ya le ha pedido a su madre que le trajera un paquete para poderle dar dos cigarrillos por día al hombre –pero solo dos, nada más. Dai se instala en la cama del muchacho. Es algo que está prohibido. Pero ha logrado que la mayoría de las enfermeras lo traten con una cierta condescendencia. No lo ha conseguido por su encanto sino por algo indefinido que lo hace aparecer inmovible, de modo que tres de cada cuatro veces las enfermeras lo perdonan, como si tuvieran que pasar por un trabajo pesado que pudiera ser pospuesto hasta que haya más tiempo y se consiga más ayuda.

Sus cortas piernas cuelgan. Un par de pantuflas grises de toalla caen como para dejar ver un pie tan amarillento como un nabo. Todas las partes del cuerpo de Dai lucen como si nacieran de la basura de una feria de verduras. La nariz bulbosa con sus poros

abiertos es como una frutilla envejecida. Sus mechones escasos de cabello son como raíces blancas de una cebolla amarronada. Su miembro como un rábano deforme. La explicación que da a la forma de su nariz es que una vez fue atravesada por un dardo.

Dai le contará ahora una historia a Robin mientras se fuma el cigarrillo del muchacho. Mientras lo hace, sus ojos de color del agua pálida se abren y se iluminan como si en ese momento hubiera descubierto al hombre con el cual querría encontrarse y que estuviera caminando hacia él desde el suceso que está a punto de contar. Es esta luz en sus ojos la que obliga a sus oyentes a seguirlo. El anciano no carece de recursos.

Robin escuchará la historia con una expresión estúpidamente fija en su rostro, una muy torpe imitación de la expresión profesional de sorpresa de Ken. Detrás de la máscara, la credulidad de Robin pasará varias veces del convencimiento al miedo, como una comadreja. Sufre mucho por estar creyendo aquello que sería inaceptable para cualquiera en Clive. Lo último a lo que aspira es a parecer inocente. Pero es inocente –no por ser tan crédulo sino por ser tan escéptico.

Te contaré de la comida más difícil que he comido. Dai mira hacia el rostro de Robin para comprobar que lo tiene atrapado. La más difícil nunca conocida.

Pepino presta atención a esas palabras que no puede comprender. Ocasionalmente reconoce alguna y esa palabra se separa del resto tal como puede aparecer un juramento entre medio de los gritos de un pájaro de la jungla.

En algún lugar de Yorkshire, Dai se había enterado de que el cocinero de la propiedad de un mayor retirado servía buenos platos. No un mero sándwich, sino un gran plato con todo lo que se pudiera imaginar. Alcanzaba con golpear la puerta de la cocina. Lamentablemente, el cocinero ya no era joven.

Aquí Dai se inclina hacia el muchacho para hacer un paréntesis con un susurro. No apela al susurro por educación sino para subrayar el sentido de lo que dice.

Le gustaban las chicas jóvenes y de las afueras. Oh, las muñecas que ha tenido.

Es al mismo tiempo una fanfarronada y un lamento. Su brazo traza una curva en el aire y toquetea con sus dedos lujuriosos lo que años atrás pudo ser un pecho.

Serías afortunado si tuvieras la mitad de los placeres de los que he disfrutado. Hasta ahora sigue disfrutando de ellos. El poder está allí. Tamborilea sobre su estómago y habla de ese poder como si manejara un aserradero.

Robin lo mira. Las formas de su incredulidad no serán evidentes por un buen tiempo. La sierra rechina. Las mujeres caen.

Dejando atrás el paréntesis, Dai se endereza y alza la voz. Robin no puede seguir soportando su aliento. No acababa de trasponer la puerta del jardín que el mayor lo ve. Estaba en una silla de ruedas detrás de una mata de rododendro. ¿Qué está hurgando?, chilló. ¡Preste atención cuando le hablo! ¿Nombre? ¿Rango? ¿Regimiento? Dai, incapaz de resistirse a aprovecharse de una situación, arma sus respuestas para parecer un héroe de la Primera Guerra Mundial. Veamos de qué estás hecho. Asqueroso bastardo, murmuró Dai para sí. Sin embargo, subió y bajó la cuesta ante la silla de ruedas del mayor.

Las ventanas de Clive están cerradas por dentro. Los narcisos, a los que la luz fluorescente ha puesto del color de un queso anaranjado, fueron retirados junto a otras flores. Que fueron quitadas del lugar al mismo tiempo que los hombres se lavaban. Las únicas señales que quedan ahora del mundo exterior son las palabras que provienen de la radio.

Tras diez minutos de desfilarse ante el mayor, Dai comenzó a sentirse cansado. Tuvo una noche especial la noche anterior. Le guiña un ojo a Robin, quien se pregunta: ¿alcohol o mujeres?

El mayor lo hizo detenerse. Preséntese en la cocina para el desayuno. Esté de regreso a las 10:40. ¡DESCANSO!

Como si imitara las órdenes del mayor, Dai hace que Pepino abra los ojos. Por primera vez se da cuenta de cuán corto es su brazo vendado. Su mano ya no está. ¿Duerme sobre ella?

Al salir de la cocina, Dai deseó escapar sobre la verja. Pero el mayor lo esperaba ante la puerta. Ahora lucía un gorro de oficial en la cabeza. ¡Camine! ¡Haga flexiones! Manténgase firme, hombre. Erecto. ¡Camine! ¡Detenga la marcha! A la derecha. A la derecha. A la derecha. Borre esa sonrisa de la cara, hombre. Esta marcha es para honrar a los muertos y a los heridos del décimo sexto regimiento. Cayeron como moscas. ¡Alto! ¡Haga doce flexiones, ya! Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Y así Dai no tuvo otra opción que someterse al entrenamiento del mayor durante toda la mañana. Al final de los ejercicios, se lo despidió con un plato de comida y un billete de una libra. El cocinero le explicó que eso ayudaba a mantener en forma al mayor. En forma las pelotas, dijo Dai. Pero no fue ante el mayor ni ante el cocinero, sino frente a Robin.

Corren lágrimas por el rostro moreno de Pepino que se ha puesto blanco. Es manco.

En la ciudad más allá de Clive, las calles, trenes y buses están repletos de gente apurada por llegar a su casa. La mayoría se ha comprado un diario vespertino. Esos periódicos son distribuidos por toda la ciudad. Las noticias caen en todas partes como si fueran nieve. Ha sido arrestado un hombre buscado hace tiempo por asesinato. Su nombre es Jack House. Se lo acusa de haberle disparado a un policía cuando él y su cómplice fueron descubiertos asaltando un banco en Liverpool. La reina espera visitar Australia el próximo otoño. Gaitskell³ cree en el castigo para detener el crimen.

Las noticias son llevadas a casa. Las sartenes son retiradas del fuego. Las esposas son besadas, los zapatos quitados, los uniformes puestos a un costado. Se llenan vasos con galones de cerveza. Desde la calle, las luces de las casas privadas y de los edificios públicos son amarillas. Hay como un fuego en ellas. Pero las luces

3 Hugh Gaitskell, líder del partido laborista entre la década de 1950 y la de 1960.

fluorescentes de Clive y de Pitt son blancas y las amplias ventanas carecen de cortinas. Vistas desde afuera, las salas parecen talleres.

Ciryl está mirando a Dai. Mientras lo contempla, mueve los labios y se dice algunas palabras. De ningún modo eso significa que Cyril esté loco. La más atenta de las enfermeras podría contar hechos igualmente excéntricos de cada uno de los internos de Clive. Uno no puede orinar si la enfermera está en la sala. Otro cree que si come pescado quedará estéril. Un tercero cruza los dedos cada vez que se le aplica una inyección. Un cuarto besa la almohada por las noches. Cyril pronuncia las palabras que se le pasan por la mente porque piensa en la forma de dirigirse a su Hacedor. Pensar es hablar con Dios. La conversación no es directa. Es como si bajo el cráneo hubiera una grabadora que registrara todo lo que se piensa. Por la noche las grabaciones son retiradas y llevadas con el Señor. No hay forma de borrarlo y eso hace que muchas veces Cyril sufra.

Cómo desperdicia Dai Evans su energía. La gasta como ha desperdiciado su vida entera. No está más preparado para morir que un perro. Pronto tendrá un funeral miserable y se irá sin dejar ni llevarse nada, sin decir nada, en absoluto preparado para ese momento.

Dai, ignorante de los pensamientos de Cyril, toma la barra de la cama y simula batear a Ciryl. Seis bolas para batearla a ella. Su Maisie lo había sufrido una vez. Ciryl es gris –el color de la madera cuando se la corta, sin que ninguna pintura o creosota la proteja. Sus manos inertes se posan sobre las sábanas de cada lado del volumen exiguo de su cuerpo. Sus lentes, resbalando un poco por la nariz, sugieren que toda una facultad lo está abandonando. La visión hace que Dai quiera escupir, no a Ciryl sino sobre el piso.

Cyril contempla el rostro de Dai. Las proporciones de la cara le dan un aspecto de sapo: los ojos redondos levemente salidos, la nariz aplastada, las manchas en las comisuras, la gran boca,

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA